

ha adquirido la amplitud que en esta obra de Massi. Ahora bien, al ir recorriendo sus páginas por las que desfilan tantos y tan variados temas, se nos antoja una pregunta: ¿Es verdaderamente esta obra una teología de la asamblea, o es más bien una teología de la historia enfocada desde un punto de vista, en este caso la asamblea? Nos inclinamos por esto último. Ciertas aportaciones de Martimort o de Maertens sobre la asamblea son sustanciales, pero se reducen a unas pocas páginas; aquí nos hallamos frente a casi 700 páginas densas: en ellas encontraremos el tema de la Pascua, de la alianza, de la Misa, del domingo, de la vida interior, del espíritu de los mandamientos... El autor ciertamente sabe lo que quiere decirnos. Es teólogo y escritorista, y puede dar pasos seguros en un amplio abanico de cuestiones. Para abocar finalmente, en cada una de ellas, a su expresión comunitaria en la asamblea. Digamos, por tanto, que el autor ha sabido integrar en torno a una idea-eje, la asamblea, toda su visión teológica, muy rica, de la historia de la salvación. El libro, nos parece, va más allá de lo que es su título. Y no lo decimos como demérito.

La exposición es clara, segura, progresiva. Y la traducción, ajustada y en limpio castellano. La edición es nítida y bien cuidada.

El autor apunta, en algún momento, temas muy interesantes y apenas tratados. Así el de la eficacia más o menos sacramental de la asamblea (p. 448). Lástima que nada más lo apunte, y apenas resuelva meterse a fondo con él. Un cierto vacío que señalaríamos en la obra es el de las implicaciones de sociología y comunidad litúrgica. Hoy es un problema candente y necesario. Porque las comunidades geográficas —base de la asamblea parroquial— ya no son las únicas comunidades, al menos en medio urbano. Las parroquias, si quieren ser vivas, no pueden por menos de estar abiertas a formas comunitarias no coincidentes con su demarcación. Y este problema, que afecta a la liturgia muy vivamente, apenas se esboza. Pero estas zonas débiles no disminuyen la riqueza fundamental de este libro realmente bien estructurado, y seriamente tratado.

JUAN MARÍA LECEA

H. F. TH. BORGERT, *La Iglesia y sus posibilidades*. Traducción de Ramón Rodríguez. Salamanca, Ed. Sígueme, 1968 409 pp.

Una nota del editor al principio del libro nos advierte que fue escrito antes de la apertura del Concilio Vaticano II. Refleja por tanto la atmósfera sociológica y eclesial que se respiraba por aquellos años.

Se comprende así que algunas ediciones posteriores hayan retocado no poco la primera pues, como diremos, el Concilio ha venido a responder y ha respondido en muchos de los puntos que estaban exigiendo nuevos planteamientos.

Borgert se entretiene principalmente en señalar lagunas que se dan en la Iglesia: vacíos en el presente; vacíos que se darán también en el futuro si no se desarrolla convenientemente el potencial germinal que

siempre encarna la Iglesia cara a una humanidad cambiante; vacíos que se darán irremisiblemente ya que todo no se puede prevenir, pero que habrá que rellenar desde dentro: la Iglesia tiene posibilidades para ello. El autor muestra sensibilidad e intuición especiales en la apreciación de los "signos de los tiempos"; a ellos ha de prestar especial atención la Iglesia si ha de ser fiel a su línea institucional.

Pero no es negativamente crítica la postura de Borgert: marca vacíos, pero al mismo tiempo sugiere modos de llenarlos. Esto impone al lector la grata tarea de ir contestando, Concilio en mano y práctica eclesial actual a la vista, a estos vacíos señalando cómo ellos se han ido llenando en una gran parte.

Un tercer esfuerzo del lector discurre por los cauces de la línea futura de la Iglesia en la misma marcha siempre reformadora y completadora.

Bien se puede decir que el libro es una respuesta, a escala personal, a la Encíclica "Ecclesiam suam", primera de Pablo VI, en las tres partes en que éste la dividió: reflexión, reforma, diálogo. Reflexión cara a la máxima autenticidad a la mejor actualización; reforma en orden a quitar lo que sobra y añadir lo que falta habida siempre cuenta del doble elemento divino y humano que la constituyen: diálogo en el múltiple círculo concéntrico constituido tanto por los fieles que la forman como por los que, no constituyendo su asociación visible eclesial, se encuentran en sus cercanías o en la lejanía de ella.

La crítica severa que encontramos en algunas páginas está bien razonada, y ha encontrado eco, en muchas de sus exigencias en las aportaciones del Vaticano II; otras serán realidad en un futuro previsible inmediato, y las demás irán viniendo en las imperiosas de los tiempos.

Si el espíritu pusilánime siente cierto temor oteando el futuro de la Iglesia, Borgert se siente seguro en sus opiniones y en las posibilidades de la Iglesia: apunta con seguridad y con firmeza a las páginas todavía en blanco de la historia de la salvación.

No pueden pasar desapercibidas dos posturas un tanto disonantes:

Enaltece bien el sacerdocio común; y valora objetivamente y con serenidad el sacerdocio ministerial; pero al comparar ambos sacerdocios queda corto: dos veces nos asegura que entre ambos se da a lo sumo "diferencia de grado". Lo cual no va bien con lo que nos señaló el Vat. II: "el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial o jerárquico, aunque difieran esencialmente y no sólo de un modo gradual" (L. G. 10, 2.º).

También en el estudio que hace sobre el Ecumenismo se hubiera querido un pronunciamiento más claro sobre el desarrollo de la verdad y el cometido que a ese respecto incumbe a la Iglesia. Es cierto que a nadie se debe exigir más que el minimum necesario, como es norma a partir del Concilio de Jerusalén; pero no es menos cierto que la verdad no puede ser obstáculo para la unión, ni tampoco se debe sacrificar ella en pro de la unidad de los humanos. De haberse seguido estas normas muchos dogmas faltarían en nuestro Credo. No es menos cierto que la oportunidad juega en el pronunciamiento de la verdad; pero junto a esto aparece esa

gama de formas de irenismo que van desde el disimulo de la verdad, hasta el no desarrollo de ella.

AGUSTÍN ARBELOA

JEAN JACQUES VON ALLMEN, *Le saint ministère selon la conviction des Réformés du XVI siècle*, Neuchâtel, Delachaux et Niestlé, 1968, 252 pp.

“Ce livre a été placé résolument dans la perspective de la recherche de l’unité chrétienne” (p. 115). Estas palabras del autor señalan sin ningún equívoco la motivación con que el conocido profesor de Neuchâtel ha abordado el tema de su estudio. Terminada la lectura, uno no puede menos de confirmar que aquél móvil inicial no ha sido abandonado en ningún momento y ha presidido, de hecho, la investigación histórico-teológica del autor. El libro quisiera ser, según se explica en la introducción (p. 7), una contribución científica al diálogo ecuménico en los términos que preconizan la Asamblea de Nueva Delhi y el Concilio Vaticano II.

Como se ve ya por el largo y matizado título, la obra se enfrenta con uno de los temas mayores del trabajo ecuménico: el ministerio querido por Dios para su Iglesia. A nadie se oculta, y mucho menos a v. A., que este tema no puede ni debe esquivarse —como ocurrió durante mucho tiempo en el Movimiento Ecuménico—, si se busca en serio la unidad cristiana (1). El autor ya se lo había planteado en trabajos anteriores (2) y le vimos insistir en él durante los debates de la Sección I de la IV Asamblea del Consejo Mundial de las Iglesias (Uppsala, 1968).

¿Qué pretende el autor en estas páginas, Explicar a los reformados “ce que leurs pères ont cru” (p. 8). Esta intención fundamental ha determinado el método de trabajo: en vez de hacer una exposición sintética y sistemática de la doctrina reformada sobre el ministerio —que a muchos, dice v. A., parecería tan inaudita, tan poco “protestante”, que haría pasar al autor por tendencioso—, ha preferido “commenter un texte dans lequel les Eglises réformés ont reconnu ce qu’elles croyaient et ce qu’elles voulaient” (p. 9). En efecto, el libro es un estudio exegético, histórico y teológico del capítulo XVIII de la *Confession Helvétique postérieure* (CHP), la más clásica exposición de la fe reformada, escrita por H. Bullinger en 1565, dos años después de la muerte de Calvino.

J. v. A. divide el capítulo de la CHP en seis secciones que corresponden a los seis capítulos del libro: 1) Fundamento, necesidad y perennidad del ministerio. 2) ¿Hay diversidad de ministerios? 3) La legitimación de los ministros. 4) La diferencia entre sacerdocio y ministerio. 5) La autoridad de los ministros. 6) La tarea (*charge*) de los

(1) “El problema decisivo del ecumenismo se centra en el ministerio eclesástico, examinado a la luz de la pneumatología” (A. M. JAVIERRE, *Uppsala 1968: el diálogo ecuménico bajo el signo de la antropología*, en “Revista Española de Teología” 28 [1968] 295).

(2) Por ejemplo, en *Le ministère des anciens* en “*Ministères et laïcité*”, obra colectiva que recoge los trabajos presentados a la “Semaine Romande de Théologie Pastorale” (Taizé, Presses de Taizé, 1964) 214-256.